

Por el Paseo, que es el Paseo y todo lo que le rodea, circulaban los apodosados como por el resto del pueblo, tanto en los propios como en los extraños y por cierto llevados por éstos con la mayor naturalidad, como el Gorrión, Manolillo Abad, El Ratón, Cruceta, Pepe el Largo, El Estudiante, Casitas, Caspirre, La Rica, La Benigna, la Excusaera, etc.

El ambiente del Paseo era de cordialidad, tolerancia y optimismo, porque nadie creía que los pecados de amor lo fueran en realidad, ni la promiscuidad, siempre latente y a veces efectiva, fuera nefanda y todos pensaban, apreciando su propio sentir, que en realidad de verdad, llevando las cosas al último análisis, nadie podría lanzar la primera piedra y eso tendía una capa de conformidad que lo cubría todo engendrando simpatías y apoyo mutuo. Mucha gente, por no decir toda, emancipada de las tutelas familiares, ora por defunciones, ora por ausencias o esfuerzos de liberación, vivían ese momento de retorno en que el hombre, perdidos los estímulos que le hicieron reaccionar en contra, vuelve a lo suyo natural y abandona lo advenedizo, engendrando una atmósfera de honestidad ciertamente admirable, con una paz maravillosa y un silencio magnífico que aquí permitían corretear sin los aceleros de la Villa del Oso.

La misma devoción del Cristo nuestro, imagen única en el barrio, tienen por lo popular y bullanguera, los matices de las imágenes verbeneras de la Paloma, San Lorenzo o San Cayetano (la parroquia de Carruana), ante las que los pecadores pedían perdón por las culpas pasadas y por las flaquezas futuras que presentían como ciertas y que no estaba en sus manos evitar. Aquellos templos y nuestro Cristo mismo, han recibido las confesiones más sinceras de pesar y por su conducto han sido otorgadas por el Padre las indulgencias más generosas para las mayores faltas cometidas sin buscar el mal. Por algo, en la parroquia de la Chinche, el Santo que murió en las parrillas, aparecía rodeado de otros Santos acreditados en las obras difíciles, como Santa Rita, la más venerada y apoyada, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, San Antonio y San Nicolás, de cuya intercesión habían menester a diario las chulaponas del barrio, cambiantes maestras en las artes del disimulo y corredoras de artículos reservados, sin desdeñar por eso a las echadoras de cartas y brujas del candil, porque todos los auxilios les parecían pocos y lo mismo encendían una vela al Santo que otra al Diablo, con el mismo espíritu de superstición, con la misma esperanza e idéntica necesidad.

En aquel barrio florecía espléndidamente el genio alcazareño, con hombres tan representativos como Juan de Dios Raboso, diputado a Cortes por Alcalá de Henares y Chinchón muchas veces, amo efectivo de la estación de Atocha y del Hospital Provincial, más presidente del Centro Instructivo del Obrero de la calle de la Cabeza y mil cosas más, porque tuvo de sobra los cargos y la carga de la desdicha.

Sobre todos los alcazareños de la parroquia de la Chinche, que es como se conocía la de San Lorenzo en la calle de la Fé, sin excluir a Raboso, destacaba el ingenio, la agudeza y la maldiciente lengua del Cojo de la Sabina —Elías Morollón— miembro notable del ilustrado gremio zapateril alcazareño, que con José María Romero —Pirrágó— llevó hasta Madrid la bandera de sus ideales y de su pericia en el calzado hecho a medida.

Nuestro célebre torero Naranjito, —Blas Morollón— era hijo del Cojo, hijo único pero suficiente. Y véase cómo se enredan las cerezas. Naranjito fué el que trajo la plaza de toros de madera, despreciando la del corral de Guerras, donde está ahora el Banco Central y el Cine Al-